

Martín Lutero e Ignacio de Loyola

(Notas sobre una obra reciente)

Muchos de nuestros lectores conocerán sin duda la obra, publicada en alemán por Federico Richter¹, pastor protestante durante veinticinco años, convertido al catolicismo en mayo de 1948. La misma obra ha sido publicada en español en 1956 por la editorial FAX. A decir verdad, su título me sugestionó en un principio, sobre todo sabiendo que su autor era un converso protestante; pero bien pronto la lectura de su contenido suscitó diversas cuestiones, que, voy a exponer brevemente a los lectores de «Estudios Eclesiásticos» a manera de recensión de dicha obra.

* * *

La obra de Richter sigue una tendencia muy marcada en nuestros días: trabajar por el acercamiento y mutua comprensión de los diversos sectores heterodoxos y de la Iglesia Católica. Nota expresamente el autor las exageraciones que por ambas partes se han cometido; pues, mientras los protestantes presentaron al Papado y a los católicos como monstruos de perversidad, los católicos han hablado sistemáticamente de Lutero y de los protestantes como de hombres inmorales, apasionados y corrompidos. Es necesario evitar exageraciones y buscar una mutua comprensión. Esta tendencia aparece claramente en algunos escritores de los últimos tiempos, y de un modo particular entre algunos escritores católicos, y no sólo por lo que se refiere al enjuiciamiento de Lutero y los protestantes, sino igualmente de otros heterodoxos, como Nestorio y Eutiques en la Antigüedad, Berengario y Ockam en la Edad Media.

Esta tendencia, en lo que tiene de positiva y constructiva, nos parece sumamente digna de elogio por lo referente a la presente obra. Es necesario evitar a todo trance estridencias o exageraciones en la manera de presentar a Lutero y otros enemigos o impugnadores de la Iglesia Católica. Aun reconociendo su actuación decidida contra el Papado y el catolicismo, y aun

¹ FRIEDRICH RICHTER, *Martin Luther und Ignatius von Loyola, Repräsentanten zweier Geisteswelten*. Ed. española: *Martín Lutero e Ignacio de Loyola, representantes de dos mundos espirituales*. (Madrid, 1956), XXXIX-351.

ponderando debidamente sus errores contra el dogma y la moral católica, deben tenerse presentes los motivos que ocasionaron su defección, los lados buenos de su carácter y otras circunstancias que de algún modo expliquen su conducta. Aunque reconozcamos que hubo apasionamiento y falta moral en su rebelión contra la legítima autoridad eclesiástica, debe evitarse el ver en todo pasión, perversidad y mala conducta. Y en esto debemos reconocer que, ya desde el siglo XVI, ha habido exageraciones de parte de muchos escritores católicos, si bien es cierto que ha sido siempre mucho más estridente, ofensivo y calumnioso el modo de hablar de los protestantes contra el catolicismo.

En este sentido, de acercamiento y objetividad, hizo una obra fundamental el historiador, *P. Hermann Grisar*, en sus obras fundamentales sobre Lutero y el protestantismo². Pero el que ha marcado más claramente esta tendencia, es el conocido escritor de nuestros días, *José Lortz*, no sólo en su *Historia de la Iglesia*, sino principalmente en su obra fundamental *La Reforma en Alemania*³.

Tal es la finalidad principal de la presente obra de *F. Richter*, de quien podemos decir, que está particularmente capacitado para ello. Porque, por una parte, conoce perfectamente el protestantismo, en cuyo seno recibió su educación y a cuyo servicio estuvo veinticinco años como pastor de una Iglesia evangélica, y por otra, al abrazar el catolicismo, llegó a la comprensión de la verdad que él le ofrece en oposición al mismo protestantismo.

Y ésta es la primera observación, que deseamos hacer respecto de la presente obra. Guiado el autor de esta tendencia de acercamiento y mutua comprensión de ambas confesiones, hace un estudio comparativo de ambas, presentando todo lo positivo que puede ofrecer la ideología y la labor personal de Lutero, y personificando en San Ignacio de Loyola la doctrina y moral católicas. Es, pues, un trabajo de análisis constructivo, en el que debe reconocerse la mejor buena disposición y buena voluntad en el enjuiciamiento de la obra de Lutero. Por consiguiente, si el autor llega a la conclusión de declarar a Lutero hereje y rebelde contra la legítima autoridad; si reconoce que en el fondo de su actuación se dejó llevar de su espíritu de altanería y superioridad, que no reconocía ninguna autoridad; si declara que Lutero estaba muy lejos de la santidad, que tanto campea y tanto atractivo da a su contrincante, Ignacio de Loyola, todo esto no puede atribuirse a desconocimiento ni a malevolencia respecto de Lutero, sino a una íntima convicción de la realidad de los hechos.

Esta posición del autor, como observa atinadamente el P. Angel Santos en la introducción a la traducción española, constituye la base de una serie de valores objetivos y positivos de la obra. Por de pronto, aparece claramente «en la paulatina exposición de ambos sistemas, el período de evolución interna que, ayudado por la gracia, ha ido operándose en el autor hasta dar, después de plenamente convencido, su paso definitivo al Catolicismo». El conoce, estudia con la mayor benevolencia a Lutero y toda la evolución

² GRISAR, H., *Luther*. 3 v., 3. ed. (Friburgo de Br., 1924-25.) Id., *Luthers Leben und sein Werk*. 2.^a ed. (Friburgo de Br., 1924.) Id., *Lutherstudien*. 6 fascíc. (Ib., 1921-23.)

³ LORTZ, J., *Die Reformation in Deutschland*, 2 v., 3.^a ed. (Friburgo de Br., 1949.)

de su pensamiento. Al mismo tiempo conoce y estudia a San Ignacio, sus Ejercicios y su obra. Compara ambas concepciones, primero desde el punto de vista protestante y luego desde el punto de vista católico, y al fin reconoce la razón por parte del catolicismo.

De aquí se deduce el segundo valor objetivo de la presente obra, que es su finalidad apostólica, encaminada a allanar dificultades y facilitar la mutua comprensión y unión de ambas confesiones. Más aún. Si se quiere ser lógico, la consecuencia es verdaderamente apologética en favor del catolicismo. Pues, así como el autor, no obstante su educación protestante y su buena disposición respecto de Lutero, se inclina en favor del catolicismo, del mismo modo puede y debe hacerlo cualquiera que examine ambas concepciones con semejante elevación de ideas. Por esto, el ideal de la mutua inteligencia y de la unión debe realizarse en el reconocimiento de la verdad del catolicismo.

Todavía queremos hacer resaltar otros valores positivos de esta obra. Y en primer lugar, el señalar multitud de puntos de comparación entre Lutero y San Ignacio de Loyola. Ambos, en efecto, son hijos de la misma época, en que la Iglesia se hallaba en una situación verdaderamente difícil y necesitaba en absoluto de reforma; sin embargo, su reacción es enteramente diversa. Ambos son evidentemente representativos de dos concepciones enteramente distintas y en gran parte opuestas, y por lo mismo, al hacer el autor su comparación, no hace otra cosa que un estudio comparativo entre el protestantismo y el catolicismo. Por esto son muy dignos de consideración los puntos de contacto, que Richter establece entre el protestantismo y el catolicismo, que pueden servir de puente que conduzca del campo protestante al católico.

De hecho, los protestantes admiten los mismo fundamentos de la fe que los católicos; tienen la misma fe en Dios, creador y redentor; afirman la divinidad de Cristo, que nos redimió por medio de su muerte en cruz. Por otro lado, se observan en diversas iglesias protestantes multitud de indicios de aproximación al catolicismo e insistentes conatos unionistas unidos al reconocimiento de la necesidad de una Iglesia visible y de una autoridad espiritual. Indudablemente, pues, el trabajo empleado por el autor en ponderar los puntos de contacto entre Lutero e Ignacio de Loyola, o lo que es lo mismo, entre el protestantismo y el catolicismo, es digno de elogio y puede producir resultados beneficiosos para la verdadera fe.

A este valor positivo de la obra de Richter queremos añadir otro, que es el acierto en la caracterización de San Ignacio y su ideología, como símbolo de la doctrina y moral católicas. Otros muchos, en circunstancias parecidas, se han propuesto caracterizar a San Ignacio de Loyola, y, a vueltas de algunos rasgos objetivos y verdaderos, más bien han presentado una caricatura del Santo. Ahora bien, procedente Richter del campo protestante, indudablemente estaba imbuído en ideas inexactas y caricaturescas del fundador de la Compañía de Jesús. Sin embargo ha sabido sobreponerse a todo ese cúmulo de prejuicios y falsos conceptos existentes en el campo protestante sobre San Ignacio de Loyola y la Iglesia Católica, y de hecho podemos afirmar que su análisis sobre la concepción ignaciana o católica es sintético, es preciso y sumamente exacto.

Es sumamente interesante a este propósito todo el capítulo, donde el autor expone (p. 174-250) el tema «Ignacio como renovador de la Iglesia», y presenta su concepto sobre el carácter católico de la renovación de la

Iglesia, y su independencia absoluta del movimiento protestante; asimismo ofrece un interesante análisis de los *Ejercicios* de San Ignacio como medio de renovación, y una excelente silueta sobre la personalidad religiosa de Ignacio, su vida de oración y toda su espiritualidad basada en su amor a la persona de Cristo. Y como excelente complemento de todo esto, sintetiza maravillosamente la obra de los Jesuítas, a quienes defiende contra innumerables tópicos de acusación, constantemente repetidos en el campo protestante.

Pues, si el acierto del autor en la exposición de la concepción ignaciana o católica constituye uno de los valores positivos de su obra, que indudablemente contribuirá a deshacer multitud de prejuicios y errores actualmente existentes, todavía resulta mayor acierto la precisión y exactitud, con que nos presenta la parte doctrinal de la concepción de Lutero. Y nótese que en este punto limitamos el acierto del autor a la parte doctrinal, pues sobre su enjuiciamiento moral de Lutero haremos luego algunas observaciones. En efecto, todo el capítulo sobre «Lutero como reformador», en lo que se refiere a la exposición del desarrollo doctrinal de Lutero y de la esencia de las doctrinas luteranas, nos parece particularmente acertado. Pero de un modo más particular son dignos de tenerse en cuentas los epígrafes sobre «Lutero y la doctrina de la justificación» y «bases del pensamiento teológico de Lutero». El ex-pastor Richter, bien familiarizado con todo el pensamiento de Lutero, sabe exponerlo con precisión y claridad; y, como por otra parte, ha penetrado perfectamente la verdadera doctrina católica, que se opone a esta concepción luterana, resulta sumamente a propósito para conducir a sus correligionarios a la verdad católica.

De este modo, para los católicos, la exposición de Richter puede ser de especial utilidad, pues sobre la base de una comprensión perfecta y una exposición exacta y precisa de la doctrina y moral católica, da a conocer la ideología luterana y los puntos débiles que en ella se contienen, pero sin estridencias, apasionamientos ni exageraciones contraproducentes. Pero creemos que la obra es más útil todavía para los posibles lectores del campo protestante; pues, por una parte, fácilmente podrán reconocer que el autor habla de las concepciones luteranas con verdadero conocimiento de causa y las expone con la mayor exactitud; y, por otra, les ofrece una defensa decidida y contundente contra todas las falsedades y prejuicios, que suelen ellos propalar acerca de las doctrinas católicas.

* * *

Pero, no obstante todos estos valores positivos de la obra de Richter, que indudablemente puede hacer un gran bien a la causa de unión y al acercamiento y mutua comprensión entre los protestantes y los católicos, nos vemos en la precisión de oponerle serios reparos. Hablando en general, diríamos, que la obra es mucho más útil y provechosa para los protestantes, que para los católicos; pues a los protestantes les da una idea clara y precisa de la verdadera concepción católica, al mismo tiempo que les descubre la falsedad e inconsistencia de tantos prejuicios contra los católicos. De este modo les prepara magníficamente el camino de vuelta a la verdadera fe.

En cambio a los católicos puede fascinarlos con la idea que les presenta de Lutero y de toda su concepción, de donde fácilmente puedan deducir

algunos incautos, que la ideología y la conducta de Lutero son prácticamente tan aceptables como las concepciones católicas. Y con esto tocamos el punto vulnerable y verdaderamente peligroso de esta tendencia al acercamiento y mutua comprensión entre los heterodoxos y los católicos. Y es tan grave este peligro, que si no se procede con extraordinaria cautela, los esfuerzos realizados con la mejor intención para la mutua comprensión de las dos confesiones, pueden ser contraproducentes para los católicos, pues pueden convencerlos de que ambas concepciones son igualmente buenas.

Así, pues, el reparo fundamental que ponemos a la obra de Richter, común a diversas obras que manifiestan la misma tendencia, es que, movido el autor del buen deseo de evitar estridencias y odiosidades, idealiza excesivamente la figura de Lutero de tal manera, que fácilmente puede producir la impresión, que lo coloca a la misma altura que a Ignacio de Loyola, o lo que es lo mismo, que presenta de tal manera la concepción protestante, que puede con relativa facilidad equipararse por completo a la católica. Indudablemente es buena la voluntad de Richter, como lo es también la de Lortz y Maritain y todos los que propugnan la teoría del acercamiento y mutua comprensión. Estamos enteramente conformes en que debemos evitar los extremismos, en que han incurrido tantos católicos, que, al hablar de Lutero y de los protestantes, no ven más que pasión, fanatismo y perversidad moral. Repetimos que debemos ser objetivos en la exposición de los hechos evitando calificativos infundados y todo aquello que pueda justamente herir susceptibilidades y exacerbar los ánimos. Más aún. En orden a atraer a la verdadera fe a los que un día se apartaron de ella, conviene omitir multitud de cosas que tal vez pudieran decirse e históricamente están bien probadas. En general, debemos colaborar en la obra de acercamiento y mutua comprensión.

Pero esto no quiere decir, que hemos de presentar las cosas de tal manera, que aparezcan a la misma altura la concepción luterana y la católica; no podemos admitir que se presente a Lutero en un plano doctrinal y moral como el de Ignacio de Loyola. Ahora bien, el grave reparo, que ponemos a la obra de Richter es precisamente, que toda ella (así como también Lortz y otros escritores que siguen la misma tendencia) deja la impresión de que Lutero era un reformador y un hombre religioso muy semejante a Ignacio de Loyola. El resultado, pues, a nuestro juicio, es una gran confusión de conceptos y de apreciaciones en la doctrina y moral católica.

Ya el subtítulo de la obra contribuye eficazmente a engendrar esta confusión, al designar igualmente a Lutero y a Ignacio de Loyola «representantes de dos mundos espirituales». La impresión que de esto recibe el lector católico es, que el protestantismo y el catolicismo son dos mundos espirituales de un valor y significación muy similar. Pero esta confusión aumenta extraordinariamente en el decurso de toda la obra, en que se equipara constantemente a los dos personajes y a las dos ideologías, sin que apenas aparezca ninguna diferencia de valorización de las mismas. Pero lo que contribuye más poderosamente a esta confusión es el capítulo que ocupa la mayor parte de la obra y lleva el epígrafe «Lutero e Ignacio como renovadores de la Iglesia.»

Francamente, aun sintiendo la necesidad de evitar estridencias y de trabajar por el acercamiento de las diversas confesiones, no comprendemos cómo pueda designarse a Lutero como *reformador*. Comprendemos que se

pondere la religiosidad de Lutero y que se busquen las causas de la evolución de su ideología; comprendemos que se pondere cómo trató de formar a su manera un nuevo sistema religioso y que se examine detenidamente su concepto de la justificación con las gravísimas consecuencias que de él se derivan; pero lo que no comprendemos es, que se le pueda presentar como un *renovador* de la vida religiosa de una manera semejante a cómo lo fué Ignacio de Loyola. Precisamente acaba de llegar a nuestras manos una nueva obra de *Ricardo V. Feliú*, titulada *Lutero en España y América española*, que lleva el subtítulo «fisonomía moral del fundador del protestantismo»⁴. Pues bien, en ella aparece con toda evidencia cuán distinto fué Lutero de lo que normalmente debe ser un *renovador o reformador* religioso.

Por lo que se refiere a la parte doctrinal, por poco que se examine toda la actuación de Lutero, se comprenderá que no trata de renovar ni reformar, sino de erigirse a sí mismo en dictador en las cuestiones dogmáticas. Por esto, aunque establece la Sagrada Escritura como base de la nueva fe, sin embargo la interpreta a su manera y, contra toda la doctrina de los Santos Padres, de los Concilios y de los Papas, establece su doctrina sobre la justificación y saca de ella una serie de consecuencias, que destruyen gran parte de los dogmas católicos. En realidad, Lutero rompe con toda la tradición cristiana y da origen al mayor confusionismo en la parte doctrinal.

Bien claramente se vió después en la multitud de ideologías y de sectas a que dió lugar el protestantismo.

Por consiguiente, de ningún modo puede presentarse a Lutero como renovador o reformador doctrinal en el sentido pleno de estas expresiones. Pero, sobre todo, no puede colocarse a Lutero a la par con San Ignacio, a quien puede plenamente aplicarse el apelativo de reformador, pues por sí mismo y por medio de la *Compañía de Jesús*, contribuyó eficazmente a mejorar a la Iglesia en la parte doctrinal, primero en el Concilio de Trento y luego por medio de aquella pléyade de doctores, como un Canisio, un Belarmino, un Suárez y tantos otros. Ni Lutero ni sus seguidores pueden ser presentados a la par con Ignacio y sus discípulos como reformadores en la doctrina y en la ciencia eclesiásticas.

Pero donde aparece más todavía el confusionismo, a que se presta la obra de Richter, es al presentar a la par a Lutero e Ignacio de Loyola como renovadores o reformadores de la Iglesia en la parte moral. Ciertamente desde el punto de vista moral, en la santidad de vida y en toda su conducta, existe una diferencia substancial entre Lutero e Ignacio de Loyola. El mismo Richter lo reconoce, al afirmar repetidas veces y en diversas formas, que Lutero no tuvo ni aspiraba a la santidad, que tanto distingue a Ignacio de Loyola. Por mucho que se extreme la benevolencia; y, en bien de la unión y mutua comprensión, se evite todo lo que pudiera sorprender o escandalizar en la conducta moral de Lutero, su figura quedará muy pálida, desde el punto de vista moral y religioso, al lado de la de Ignacio de Loyola.

Por eso precisamente es tan peligroso el modo de hablar de Richter y de tantos otros, que repiten en todos los tonos y en todas las formas, que Lutero es plasmador del mundo espiritual protestante, que Lutero e Ig-

⁴ Ha aparecido en la colección *Fundadores protestantes*, n. 1. (Santander, 1956.)

nacio son representantes de dos mundos espirituales, y otras ideas semejantes, que dan a entender que Lutero y el protestantismo, espiritual y moralmente, están a la misma altura que Ignacio y el catolicismo.

De hecho, la cuestión sobre la moralidad de Lutero, ha dado origen a las más enconadas discusiones, desde el principio del protestantismo hasta nuestros días, y no solamente de parte de los católicos, fieles a Roma, sino también de parte de los mismos discípulos de Lutero, quienes se avergonzaban muchas veces de las expresiones que él usaba en sus libros y sobre todo de algunas deficiencias de su conducta. En efecto, basta leer, sin prejuicios de ninguna clase, los escritos de Lutero y conocer superficialmente su vida, para convecerse de que, en punto a moralidad, dejaba mucho que desear. Léanse solamente algunas páginas de la obra antes citada y recién aparecida, sobre todo en los capítulos «Lutero y el matrimonio», «Lutero y la mentira», etc.: sobre todo, véanse solamente algunos fragmentos de sus *Coloquios de sobremesa*, y se llegará fácilmente a la conclusión, de que, desde el punto de vista moral, Lutero distaba mucho de ser un reformador, y por consiguiente es sumamente engañoso todo lo que tienda a engendrar confusión en esta materia.

Hasta tal punto llega la impresión desfavorable que se recibe de Lutero desde el punto de vista moral con la consideración objetiva de los hechos históricos y de sus escritos, que por lo mismo se ha presentado una teoría, que explicaría sus luchas interiores, sobre todo al principio de su vida, y aun toda su conducta moral posterior. Esta teoría la defiende particularmente el P. Hermann Grisar, que fué el primero entre los católicos que trató de presentar una imagen objetiva de Lutero, exenta de todo colorido partidista. Consiste, pues, esta teoría en suponer en Lutero ciertas anomalías psíquicas, que en algunos casos turbaban su mente y no le dejaban ver la enormidad moral de multitud de cosas que realizaba. Pero a Richter no le satisface esta teoría, como tampoco es admitida por otros historiadores.

Sin embargo, el dilema que se presenta es en verdad aterrador. O se admite esta teoría, según la cual, Lutero, aun poseyendo extraordinarias cualidades y desarrollando una actividad sumamente fecunda en muchos campos, en la apreciación moral de las cosas se cegaba de tal modo, que no era en realidad consciente de lo que hacía o decía; o bien debemos afirmar que no poseía tal defecto y por consiguiente se daba plena cuenta del alcance moral de sus palabras y acciones. En el primer caso, es cierto que pierde Lutero en gran parte la gloria del verdadero reformador, que se manifiesta principalmente en el campo de la moralidad y buenas costumbres; pero, en cambio, se libra de la enorme responsabilidad que supone todo lo que la historia más crítica y objetiva nos atestigua sobre él. En cambio, si se sostiene con Richter que Lutero era enteramente sano, entonces no hay más remedio que admitir la descripción tan deprimente y desfavorable que presenta el biógrafo de Lutero, Denifle.

Para explicar todos estos hechos y disminuir proporcionalmente la responsabilidad moral de Lutero, acude Richter (y algo semejante hacen los defensores de Lutero) a la solución de su extremada delicadeza de conciencia, que explicaría las ansiedades de sus primeros años y de su cambio fundamental de vida; y a las costumbres rudas del tiempo, que no se oponían al lenguaje crudo y según nuestro concepto, inconveniente, de Lutero. A lo cual añade Richter la confesión paladina de que Lutero no hacía profesión de hombre austero y que no aspiraba a la santidad.

Pero esto no basta para explicar los hechos. Si no se admite algún defecto psíquico o anormalidad interior de Lutero, son demasiado exagerados los defectos morales que aparecen en la conducta de Lutero, para que se los pueda explicar por la rudeza y por las costumbres del tiempo. Véase la descripción que nos ofrece Grisar en su obra *Kampfbilder*, y algo más de lo que se sintetiza en la citada obra de R. V. FELIÚ, y se verá cómo la libertad excesiva de lenguaje, la facilidad en contradecirse y faltar a la palabra, la falta absoluta de dominio en las cosas más substanciales, llegan a tal extremo, que no pueden de ningún modo explicarse por la rudeza del tiempo. Desde luego en todos estos puntos, Lutero supera, y de mucho, a los más libres escritores de su tiempo, como por ejemplo, *U. de Hutten*. Por consiguiente, si no se admite alguna anomalía mental, que disminuya la responsabilidad de esta conducta, se debe admitir una enorme deficiencia moral en Lutero.

De todo lo expuesto fácilmente se comprenderá cuán justificado está el grave reparo que ponemos a la obra de Richter. Su tendencia a equiparar o poner casi a la par las dos concepciones, protestante y católica; el hablar, casi por igual, de Lutero y de Ignacio de Loyola, como de renovadores de la Iglesia, ofrece el enorme peligro de engendrar un gran confusionismo en el enjuiciamiento de la obra protestante y católica. En realidad, ni desde el punto de vista doctrinal, ni mucho menos desde el punto de vista moral, puede Lutero ser colocado a la misma altura de Ignacio de Loyola. Por mucho que procuremos evitar estridencias en bien de la unión y mutua comprensión, no podemos cerrar los ojos a las enormes deficiencias doctrinales y morales de Lutero y del protestantismo y de reconocer la superioridad de la figura de Ignacio de Loyola y del Catolicismo bajo estos respectos.

BERNARDINO LLORCA, S. I.